

# El Epistolario de Mozart

HURGAR en la correspondencia de los grandes hombres nos da una impresión íntima, familiar; parece como si, de pronto, penetrásemos en los más recónditos, oscuros repliegues de su alma.

Mozart, en su vida y en su obra, es el optimismo y la simplicidad; y su epistolario es la simplicidad y el optimismo.

Un distinguido musicógrafo italiano, M. Albertini, acaba de publicarlo con jugosas notas; y es en verdad tarea grata para el que ya conoce la vida y andanzas del autor del "Don Juan", leer esta copiosa colección de cartas en que uno de los más auténticos genios que la humanidad ha producido, se revela a los suyos—a su padre, a su madre, a su hermana, a su esposa, raramente a uno que otro amigo—con gentil lanceza, comunicándoles lo que piensa, lo que ve, lo que hace... Diríase un comentario a la biografía, hecho por el propio biografiado.

Como Rafael, como Lope de Vega, como Goethe, Mozart fué un prodigio de la naturaleza. De igual suerte o más que ellos, empezó siendo un niño prodigio. Mas, a diferencia de ellos, continuó siendo niño toda su vida.

Niño lo vemos a través de todo el epistolario. Niño en cuanto él tiene de ingenuo, de adorable y bondadosamente humano. Y tal vez sea éste el mayor encanto de sus cartas, que llegan a muy cerca de trescientas; cartas minuciosas, pintorescas, a menudo difusas; cartas que vienen a ser un cuadro de la vida y costumbres europeas en la segunda mitad del siglo XVIII, y en las que nos habla de sus trabajos, nos da a conocer sus ideas y opiniones sobre el arte y sobre los hombres y las cosas de su tiempo, sin que por un momento deje de proyectarse en ellas lo que constituye el rasgo más saliente de su carácter: su na-

mo podía ser aquel insigne varón un santo? "Verdaderamente, no lo creo. En la mesa, inmediatamente después de una taza de chocolate, toma (el domingo) un buen vaso de vino fuerte español. Yo mismo he tenido el honor de comer con este santo, el cual, después de haber bebido bien, todavía pudo despacharse un vaso colmado de vino fuerte, dos buenas tajadas de melón, duraznos, peras, cinco tazas de café, y dos platos rebosantes de natillas con limón. Parecería que lo hiciera adrede; pero no lo creo, sería demasiado; y, luego, aun en la merienda, come mucho..."

Los tiempos cambian. En su vida errante de artista exhibido a título de "niño prodigio", él se da cuenta de que lo que gana en arte disminuye el éxito en razón directa de lo que gana en años. No es lo mismo (para el público) ser genio a los diez que a los veinte y dos, aunque en estas alturas juveniles el genio, mientras más maduro, sea más visible.

En las cartas que corresponden a la jira que, acompañado tan sólo de su madre, hizo a París en 1778, encontramos, en contraste con las infantiles y plácidas notas anteriores, el primer gran dolor que hace su aparición en la vida de Mozart: la muerte de la que le había dado el sér. ¡Pero cómo lo expresa! Para penetrar en la bondad y simplicidad de los acentos doloridos de aquel inefable espíritu, hay que tener en cuenta que se trataba de un jovencito extranjero con profesión de gran músico, que casi había fracasado en la capital del reino de Francia; y que pobre, sin valimiento, perdía de pronto a la que era su único sostén moral y su más grande cariño, quedando solo en la extranjera y hostil ciudad.

"Debo dar a usted—escribe al padre—una noticia

... y muchas cartas que vienen a ser un cuadro de la vida y costumbres europeas en la segunda mitad del siglo XVIII, y en las que nos habla de sus trabajos, nos da a conocer sus ideas y opiniones sobre el arte y sobre los hombres y las cosas de su tiempo, en que por un momento deje de proyectarse en ellas lo que constituye el rasgo más saliente de su carácter: su natural simplicidad.

Las primeras misivas del "Epistolario" datan de 1769, o sea de cuando Mozart tenía trece años. Emprende a la sazón el primer viaje a Italia, con su padre. Véase cómo el niño escribe a la mamá: "Mi corazón es feliz porque me divierto mucho, porque en este viaje estoy alegre, porque en el coche hace tantísimo calor, y porque el cochero es persona tan galante, que en cuanto el camino lo permite, va más a prisa. Papá habrá hecho a mamá la descripción del viaje. El motivo por el que le escribo es mostrarle que conozco mi deber; por el cual soy con el más profundo "respect", su fidelísimo hijo." Y a la hermana, desde Milán, al final de breve carta: "Beso mil veces las manos a mamá, y te doy mil besitos y besotes en tu magnífico hociquito de caballo. Per fare il fine sono tuo..."

¿Quién imagina que en este chiquillo de honda ternura fraternal y filial, que escribe así, mezclando de propósito, en su alemán nativo, y con adorable vanidad, palabras o frases de otras lenguas, alienta un genio que ya entonces empieza a ser famoso?

□

Era vivaz y travieso; su ingenio no excusaba a veces cierta retozona y sana ironía. Hablando de cierto dominico tenido por santo, a quien su padre y él frecuentaron en Bolonia por esta misma época, asómbrase de que la sanidad pueda desposarse con el regalo del estómago. ¡Có-

piritu, hay que tener en cuenta que se trataba de un jovencito extranjero con profesión de gran músico, que casi había fracasado en la capital del reino de Francia; y que pobre, sin valimiento, perdía de pronto a la que era su único sostén moral y su más grande cariño, quedando solo en la extranjera y hostil ciudad.

"Debo dar a usted—escribe al padre—una noticia harto desagradable y triste, que es precisamente la causa por la que no he contestado antes su carta del 11. Mi madre está muy enferma: según su costumbre se hizo practicar una sangría, que era ciertamente necesaria; después se sintió bastante bien; pero algunos días más tarde tuvo fuerte calosfrío y después mucha fiebre..." "Mamá—añade renglones adelante—está muy débil, tiene todavía la fiebre y delira. Me dan esperanzas, pero yo no tengo muchas; hace ya mucho tiempo que estoy entre el temor y la esperanza; me he puesto en manos de Dios, y espero que también usted y mi hermana hagan lo mismo: ¿qué otro medio hay, por lo demás, para estar tranquilos? Un poco tranquilos, digo, porque totalmente no se puede estar. Me conforto pensando que sea lo que fuere lo que acontezca, es Dios el que así lo quiere para nuestro bien (aunque a nosotros nos parezca al revés); y luego, que yo creo (y contra ésto nadie me persuadirá) que ningún doctor, ningún hombre, ninguna fortuna, en ningún caso podrán dar o quitar la vida a un individuo, sino sólo Dios..."

No hablaría con mayor sencillez ni más religiosidad el "poverello" de Asís.

□

No es fácil a la cólera; y aun en ella, es buenazo e infantil. En Salzburgo, su tierra natal, le tenía empleado con magro sueldo en su capilla el príncipe Arzobispo. Tuvo una trifulca con éste, y se marchó a Viena a buscar fortuna. A su padre, músico igualmente al servicio de aquel

señor; a su padre, que insistía para que volviera a Salzburgo y depusiese su orgullo a los piés de quien tan mal le había tratado, respóndele, candorosamente, Mozart: "Si en Salzburgo me pagara 2.000 florines de sueldo el Arzobispo, y en otra parte sólo me dieran 1.000, preferiría ir acá; porque mil florines bien valen mi salud y la tranquilidad de mi ánimo."

En el amor mismo, el hombre se revela llano y ajeno a complicaciones. Había tenido una pasión por Aloysia Weber, coquetuela que mariposeaba y no asertó a detenerse en la musical flor. Al establecerse en Viena hospedase en casa de la familia de la muchacha, ausente ya. La madre y las tres hermanas de ésta le dan un poco de calor de hogar. Empieza a susurrarse que anda en amoriós con Constanza Weber, la menor, que más tarde fuera su esposa. Desde Salzburgo, su padre le ordena que cambie de domicilio. "Fácil es,—responde Mozart,—encontrar mejor cuarto; pero bien difícil hallar comodidades, gentilezas y gente tan servicial." Por lo demás, no está enamorado. "Me hago el apasionado, y coqueteo con ella si dispongo de un minuto (lo cual no sucede sino por las noches, cuando como en casa; pues por la mañana escribo en mi cuarto, después del almuerzo rara vez estoy aquí, y ninguna en lo que resta de tiempo.)" Y agrega: "Si debiera casarme con todas aquellas con quienes me he divertido, lo menos tendría 200 mujeres."

¿Cuál era su concepto del amor? "Mi temperamento

tiende más a la vida tranquila y casera que al barullo; yo, que desde niño jamás me habitué a cuidar del arreglo de la ropa blanca, de los vestidos, etc., pienso que nada puede ser más útil que una mujer."

Amaba, pues, a Constanza: la amaba considerando burguesamente necesitarla. Con ella, y a pesar de la oposición paterna, se matrimonió. Sus cartas de los años posteriores, dirigidas a la esposa, son de una sencilla ternura conyugal: "¿Cómo estás? ¿Piensas a menudo en mí, como yo en tí?"—dice en una. Y en otra, al final: Te beso y te abrazo 1.095.060.437.082 veces (puedes hacer un buen ejercicio de pronunciación) y soy eternamente fidelísimo marido y amigo... Por lo demás, quizás se requiriesen tan desmesuradas manifestaciones cariñosas. Parece que la señora no era extraña a la dolencia que agobió a Otelo. "Sé alegre y gentil conmigo—escríbele el autor de "La Flauta encantada";—no te atormentes ni me atormentes inútilmente con inútiles celos...; ten confianza en mi afecto; ¡te he dado tantas pruebas!"

Vida, amor, alegría, dolor: todo sonreía optimistamente en el espíritu de Mozart; el mayor hechizo de sus cartas es que nos le muestran humanísimo, ni más ni menos que como el común de los mortales. Y sólo un vacío encontramos en ellas: que no nos revelan el misterio del genio que las trazó.

Mas, ¿podrá nunca penetrarse en ese misterio?

Carlos GONZALEZ PEÑA.